

de la escuadra, que durante más de una hora quedaron inmóviles á una distancia doble del tiro de un fusil, con la vista fija en los barcos; pero como en su sorpresa ni se cuidaban siquiera de la lancha, aproximóseles esta para cortarles la retirada por la parte de la playa. Notando repentinamente la maniobra los caraibes, tomaron resueltamente sus arcos; aunque tenían que habérselas con más de veinticinco soldados, comenzaron el ataque en el cual peleaban las mujeres lo mismo que los hombres. Desde luego hirieron á dos españoles con sus flechas envenenadas. Sin los escudos y las corazas hubieran hecho mucho estrago en un instante por lo fuerte que eran los arcos y la acertada puntería de los tiros. Viendo esto, mandó el oficial abordar la lancha contra la canoa que volcó. Ni por esto dejaron los caraibes de disparar, nadando, sus flechas, hasta refugiarse en las hondonadas: en una palabra, se escaparon á nado. Los españoles no pudieron apoderarse sino de uno solo de aquellos feroces insulares, y aún había sido preciso traspasarle de una lanzada de cuya herida murió á bordo.

La tarde siguiente, se descubrió otra isla á la que el Almirante dió el nombre de *Santa Cruz*. El día inmediato divisó un terreno muy extenso, rodeado de más de cuarenta islotes. Á la principal de esas islas la llamó el Almirante *Santa Úrsula*, y á las demas les dió colectivamente el nombre de *Once mil Vírgenes*.

El día siguiente llegaron á una isla grande y hermosa, patria de la mayor parte de los indios refugiados en las carabelas. Los indigenas la llamaban *Boriquen*; como el Almirante iba á cambiar su fortuna, le dió el nombre del precursor del Divino Maestro, y la llamó *San Juan Bautista*. Expuestos sus habitantes á las correrías de los caraibes, usaban como ellos, el arco, pero sólo para defenderse. Sus chozas elegantes, sus deliciosos jardines denotaban cierta habilidad; delante de sus habitaciones arreglaban balcones y galerías rodeadas de verde follaje para disfrutar á la sombra de la vista del mar; no obstante, ignoraban enteramente lo que era navegación. En aquel sitio desplegaba la naturaleza la más pródiga magnificencia.

De allí dirigióse el Almirante á toda vela á la isla Española, hacia el fortín cuya guarnición preocupaba su ánimo. Divisóse una tierra de la cual nadie en la escuadra era conocedor. Aunque iban costeano una tierra á donde no habían atracado jamás, parecía serle familiar á Colón; sin embargo, los marinos que en el primer viaje habían estado ya en la Española, « todos estaban inciertos de si era realmente aquella la isla que buscaban. » No empleamos más tiempo, dice el doctor Chanca, « con la gracia de Dios y la ciencia del Almirante, por un derrotero tan directo, como si hubiésemos seguido un camino conocido y trillado. »

CAPÍTULO II.

EL ALMIRANTE DESEMBARCA EN LA ESPAÑOLA, ENCUENTRA EL FORTÍN DESTRUIDO Y LA GUARNICIÓN ASESINADA.—TODOS ACUSAN Á GUACANAGARI; SÓLO COLÓN SE NIEGA Á CREERLE CÓMPlice DEL SANGRIENTO DESASTRE.—INTRIGA AMOROSA DE GUACANAGARI Á BORDO DEL NAVÍO ALMIRANTE.—EVASIÓN DE UNA BELLA PRISIONERA.—LA ESCUADRA CONTRARIADA POR EL VIENTO SE DETIENE CERCA DE UN LUGAR PROPIO PARA LA FUNDACIÓN DE UNA CIUDAD.—COLÓN DIBUJA SU PLAN, COLOCA SU PRIMERA PIEDRA, Y LE DA EL NOMBRE DE ISABELA.—UNA ENFERMEDAD DESCONOCIDA ATACA Á LOS CASTELLANOS.

§ I.

El viernes, 22 de noviembre, recalaron en el golfo de Samaná, al que el Almirante había dado el nombre de « golfo de las Flechas; » conforme lo había asegurado Colón, estaban en la Española.

Continuando el Almirante su exploración de la costa hacia el Norte, procuraba estudiar las cualidades del suelo, pues al dejar su pequeña guarnición en el fortín, no era su intención fundar allí un pueblo. Había construido el fortín en aquel sitio para aprovechar el maderamen del buque varado, y asegurar su gente contra los acontecimientos del interior, por la proximidad de la costa y el recurso de la lancha; pero en su concepto, aquel sitio fortificado no era sino un campamento. Había adivinado perfectamente la incomodidad de aquel sitio durante la estación de las lluvias.

Mientras que una lancha sondeaba la embocadura del *rio del Oro*, apartado del fortín unas siete leguas próximamente, se descubrieron dos cuerpos humanos entre las yerbas de la playa; uno tenía los pies atados con una cuerda de yerbas trenzadas; el otro con un lazo en el cuello, tenía los brazos atados á dos ramas de árbol en forma de cruz. Su estado de putrefacción adelantada no permitía distinguir la raza de las dos víctimas. El día siguiente, en un punto más apartado, encontraron otros dos cadáveres, y en la cara de uno de los cuales se distinguía la barba. Ya no cabía duda ninguna: eran europeos.

Aquel espectáculo entristeció á todos.

Encamináronse en seguida hacia el fortin; pero llegaron á él muy entrada la noche; y aunque estaban en frente del sitio en donde había sido construido, les fué imposible distinguir ningun objeto. La escuadra permaneció anclada á una legua de la tierra, por temor á los arrecifes en los que se había perdido la *Santa María* el año anterior. Las miradas de los tripulantes se dirigian con ansia al fortin por en medio las tinieblas. Todos esperaban distinguir en él alguna luz, oír tocar la retreta, ó el toque de silencio; pero no sonó ningun ruido en la playa. Sorprendido el Almirante de aquel silencio, mandó disparar con pólvora sola dos tiros con las piezas de mayor calibre, para ver si el fortin los contestaría, porque se hallaba bien provisto de artillería. El ruido de la detonacion resonó á lo léjos repercutido por los ecos, despues se extinguió en las profundidades de los bosques; pero no contestaron nada los cañones del fortin; no se oyó ningun movimiento, ni se vió ninguna luz tampoco. Todo continuó en el silencio é inmovilidad del sepulcro. La ansiedad se aumentó en la escuadra.

Sin embargo, hacia la media noche, se oyó ruido de remos; eran dos indios que pedian se les dejase ver al Almirante. Se les indicó su buque; atracaron junto á él, mas no consintieron en subir á bordo. Querian ver á Colon en persona, porque no fiaban de nadie más. Fué el Almirante, y les habló desde la trinchera de abordaje; pero llevados de su desconfianza, pidieron luz para asegurarse de que era él mismo. Accedióse á ello, y subieron sin vacilar luégo que le hubieron reconocido, demostrando mucha alegría por verle otra vez.

Traianle como regalo dos máscaras de oro de parte de Guacanagari, de quien era primo uno de ellos. Hablaron con soltura delante de todo el estado mayor. Á las preguntas que les hizo Colon acerca de la suerte de los españoles, dejados entre ellos, contestaron con particular ingenuidad que todos estaban buenos, aunque varios habían muerto de enfermedad ó en los combates que habían sostenido entre sí; que otros se habían ido á vivir en sitios apartados llevándose cada uno cuatro ó cinco mujeres. Dijeron tambien que dos reyes Caonabo y Mayreni, habían hecho la guerra á Guacanagari é incendiado sus habitaciones; que había sido herido en una pierna, y que otro día iría á bordo con ellos. Varias veces durante la entrevista se les dió abundancia de vino, y se fueron á eso de las tres de la madrugada medio borrachos. Parece que en un momento de desahogo báquico con el intérprete Diego Colon, le confesó uno de ellos que los extranjeros estaban todos muertos. Cuando el fiel Diego Colon refirió esa conversacion á su padrino, el hermano del Almirante, se negaron á darle crédito. Creyóse que por razon de la diferencia de idiomas, había comprendido mal aquella confidencia.

El día siguiente el sol alumbró la playa desierta. Ningun grito, ningun remo en las aguas, ningun movimiento, ninguna forma humana en la arena. Todo

estaba triste, silencioso. Por las relaciones del primer viaje, todos esperaban ver una multitud de canoas rodeando alegremente la escuadra, ofreciendo en cambio toda clase de producciones y hasta como mero regalo. Aquel alejamiento de los naturales pareció de mal agüero. El Almirante envió algunos hombres á la residencia de Guacanagari; pero la encontraron reducida á cenizas. Sus empalizadas estaban arrancadas. En ninguna parte se descubrió ningun indio. Todos habían abandonado aquel sitio. En sus casas se encontraban algunos restos de vestidos europeos; pero no se halló á ningun viviente.

El Almirante, acompañado de una parte del estado mayor, bajó á tierra y se encaminó directamente donde debía estar el fortin. Por desgracia, sólo quedaba de él su terreno: todo estaba incendiado, demolido, descompuesto. Por todas partes yacian esparcidos por entre las yerbas trozos de maderámen, pipas, embalajes, municiones averiadas y girones manchados. Venciendo el Almirante su dolor, mandó abrir zanjas en las ruinas para descubrir un pozo en el cual había mandado que se encerrara el oro y todo lo precioso que se recogiera durante su ausencia. Se le descubrió y vació, pero no contenía nada. Miéntras duraba este trabajo, había ido Colon con su escolta siguiendo lo largo de la playa para examinar el terreno al objeto de fundar en él una poblacion. Llegaron á una reducida aldea cuyos habitantes echaron á huir así que les vieron acercarse. En las casas abandonadas se encontraron muchos objetos que habían pertenecido á los cristianos, y que seguramente no habían obtenido por medio de cambio, especialmente una hermosa capa moruna, medias, piezas enteras de tela y una áncora de carabela.

Cuando el Almirante regresó á las ruinas del fortin, algunos indios, de cándido semblante, estaban allí cambiando oro. Comprendían muchas palabras castellanas y tocando la camisa ó el jubon los designaban por su nombre con vanidosa satisfaccion (1). Sabían tambien los nombres de todos los que se habían quedado con Diego de Arana. Cerca de allí indicaron la sepultura de once cristianos, que estaba ya cubierta de yerbas. Todos dijeron que Caonabo y Mayreni les habían muerto. Acompañaban esa relacion con quejas acerca de las muchas esposas que necesitaban los cristianos.

Poco á poco se dejaron ver otros indios. Escoltado por guardias se presentó un hermano de Guacanagari, para presentar sus homenajes al Almirante, á quien saludó en castellano, y le dijo que todos los cristianos habían muerto. Su relacion acerca de las causas de dicho desastre estaba en un todo conforme con lo contado por los primeros indios. Entre los españoles se habían suscitado disputas, con

(1) «E toccando il giuppone e la camicia á nostri dicevano camicia, giuppone, dando ad intendere che sapevano come si chiamassero.»—Fernando Colombo, cap. XLVIII.

motivo del oro y de las mujeres. Habíase desconocido la autoridad del jefe Diego de Arana. Sus dos tenientes Pedro Gutiérrez y Escobedo mataron á uno llamado Diego, fuéronse con nueve rebeldes, cómplices suyos, y las mujeres que ellos obligaban á seguirles, á los Estados del Rey de las montañas, apellidado «el Señor de la casa de oro,» Caonabo, príncipe de raza caraibe, guerrero feroz que les hizo matar inmediatamente. Otros desertaron con armas y forniture, despues de haber robado las mercaderías destinadas á los cambios, y se retiraron á sitios apartados para cambiar el oro á su gusto. Otros batían el terreno por grupos de tres ó cuatro, entrando en las casas de los indios, comiendo las provisiones, robándoles las mujeres y maltratando á los hombres. La protección con que les cubría el rey Guacanagari era causa de que los indígenas sufrieran con paciencia tales agravios. Excediendo, empero, á toda ponderación semejante tiranía, buscaron medio de poderse librar de aquellos extranjeros que se habían creído bajados del cielo, y que convertían en infierno su existencia. El bravo Diego de Arana, único oficial fiel á la bandera, habitaba el fortín con diez hombres que cada noche se retiraban á él. Por desgracia, confiando en sus cañones y en la timidez de los naturales, no ponían centinelas, y todos se entregaban á un mismo tiempo al sueño con la más completa seguridad.

Caonabo, de acuerdo con un Cacique vecino, reunió un numeroso ejército, atravesó con precaución los bosques marchando de noche, y llegó á los alrededores del fortín. Cercáronle sin obstáculo porque todos los del interior dormían. Á una señal de Caonabo, se precipitan sus guerreros sobre las murallas, lanzando horribles alaridos de guerra; escalan los muros y se apoderan de la plaza ántes que los españoles hayan tenido tiempo de coger sus armas, y los pasan á cuchillo. Desde allí manda Caonabo cercar por sus soldados las casas donde los demas españoles descansaban con sus indias, y pegan fuego á sus inflamables habitaciones. Ocho españoles logran escaparse de las llamas, atraviesan las compactas filas de enemigos que les rodean como si fueran una empalizada viviente, y llegan á la playa; pero no tienen más remedio que el mar. Los guerreros de Caonabo les persiguen; su multitud se extiende y ocupan largo trecho de la playa. Sostiénense por algún tiempo en el agua; pero al fin, agotadas sus fuerzas, perecen en los arrecifes.

Al oír aquel tumulto, y viendo los resplandores del incendio, tuvo Guacanagari la generosidad de acudir á la defensa de aquellos indignos huéspedes; pero la rapidez de ejecución del guerrero Caonabo hacia estéril su abnegación. En una acción empeñada entre las tropas del amigo de Colón y las tropas más aguerridas del «señor de la casa de oro,» Guacanagari, ménos hábil que valiente, fué derrotado, y herido de una pedrada por el mismo Caonabo. Sus tropas habían cedido desde el primer encuentro; él se refugió en los bosques, y el vencedor incendió su residencia ántes de volverse á su territorio.

Washington Irving, escudándose en la autoridad de Oviedo, y copiándole, parece condenar á Colón diciendo que, excepción hecha del jefe don Diego de Arana y uno ó dos más, los hombres que él había dejado allí, eran en su mayor parte hombres de la infima plebe ó marineros que, una vez en tierra, no sabían portarse ni con sobriedad ni con recato.

Oviedo que cruzó ocho veces el Atlántico, y tuvo quizás algún altercado con los marinos, y les guarda algún rencor, emite con respecto á ellos, una opinión particular tal vez algo exagerada (1); con todo, lejos de censurar al Almirante, justifica la oportunidad de aquel embrión de colonia, el número y elección de los hombres de que la compuso. Despues de haber dicho: «Escogió los cristianos que le parecieron más sosegados y valientes,» añade Oviedo: «les enseñó muy bien el medio de conservarse entre aquellos salvajes.»

Tocante á la ignorancia de los primeros colonos, está Oviedo en el mismo error que Washington Irving.

Porque, bajo la autoridad de Diego de Arana, «el honrado caballero,» encontramos desde luégo á Pedro Gutiérrez, empleado de la casa del rey, guarda muebles de la corona, el notario real Escobedo, que era mozo de retrete en palacio, el bachiller Bernardino de Tapia; «un hombre de bien, el profesor Juan, hábil cirujano;» el fundidor de metales, Castillo, joyero y platero, en Sevilla; Ribera, constructor de marina; un mecánico armero; marinos hidalgos, tales como Francisco de Henao, Francisco Vergara y Francisco de Godoy, Juan del Barco, Cristóbal del Álamo; un maestro carpintero, un maestro calafate, otro tonelero y otro sastre. Es pues inadmisibles la opinión extravagante de Oviedo, asaz fácilmente adoptada por Washington Irving, acerca de la tosca incapacidad de los marinos dejados en la Española. Casi la mitad de ellos eran hombres inteligentes y provistos de cierta instrucción; pero consumaron su ruina con inexcusable ceguera.

El Almirante les había asegurado una protección bienhechora. Con los recursos de que disponían, podían atender á todas las necesidades de la vida; por otra parte, la generosidad de Guacanagari les proveía abundantemente de todo y satisfacía hasta sus placeres. Si hubiesen seguido los consejos de Colón; hubieran conservado su ascendiente sobre el ánimo de aquellos pueblos que les creían inmortales; hubieran podido cristianizarles, y prepararles para convertirles en

(1) «Pero en realidad de verdad, sin perjuicio de algunos marineros que son hombres de bien, atentos y virtuosos, soy de opinión que en la mayoría de los que ejercen el arte de marinos, hay una gran falta de juicio para las cosas de tierra; porque, además de que la mayor parte de ellos son de baja condición y mal instruidos, son también ambiciosos y dados á otros vicios, como á la golosina, lujuria, robo, etc., que no se podría tolerar.»—Oviedo, *Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. XII.—Traducción de Juan Poleur, ayuda de cámara de Francisco I.